

Estar atentos a nuevas posibilidades

Volvamos ya a la luz... Hemos de retornar al corazón. Ahí se nos muestra el camino de la salvación (San Bernardo).

El don del Adviento, el Dios que viene por puro amor al encuentro de la humanidad herida, sólo puede captarse desde el corazón, entendido como el centro de nuestro ser, un lugar de intimidad, de vulnerabilidad y de transparencia, donde somos lo que verdaderamente somos y capaces de ver más allá de lo que nuestros ojos permiten.

Hemos de retornar al corazón para acoger la vida por entero, la vida cuya generosidad estamos lejos de reconocer. Somos hijos de un Dios que nos señala que somos peregrinos del infinito, el infinito inscrito en cada realidad que tocamos cotidianamente. No hay nada que no esté lleno de infinito. La vida se expande y se abre a su plenitud siempre que nos dejamos tocar o que tocamos por amor, siempre que nos permitimos ser vulnerables y confiamos. La vida abundante nos espera en lo que nos parece imposible amar en nosotros y en los demás. Solo en el silencio de nuestro corazón podemos percibir la presencia del Dios que ha venido para que tengamos vida y la tengamos abundante.

Este es el tiempo de la vigilancia: el tiempo para estar atentos a nuevas posibilidades en la vida tan conocida de todos los días, el tiempo para escuchar una llamada donde nos hemos habituado a encontrar mutismo, un tiempo para sondear gérmenes de vida, formas todavía incipientes, seminales, pero potencialmente portadoras de fruto abundante. Bajo el guía del corazón, volvamos a nuestros lugares más conocidos, y que tantas veces hemos experimentado como insípidos, estériles o, incluso, agresores. Volvamos a los lugares del desamor. Si miramos con los ojos de la vulnerabilidad y de la pequeñez, la vida se transfigura. Donde nos sentíamos amenazados, encontramos ahora el lugar de la fiesta y de la fraternidad. Osemos ir más allá de los filtros con que habitualmente nos miramos mutuamente y miramos toda la realidad.

María, la madre de Jesús, en su corazón virgen, es el umbral del adviento de Dios en el corazón humano. Virgen, porque enteramente disponible para la novedad de Dios; virgen, porque enteramente a la escucha. El secreto de la alegría no está tanto en lo que uno dice o hace, sino más bien en lo que

uno escucha. Lo que ella ha entendido, y también lo que no ha comprendido, de todo lo que escuchó acerca de Jesús lo conservaba en su corazón meditándolo continuamente (Cf. Lc 2,19). La escucha es una forma de abrazar la vida con amplitud.

Volver a escuchar es volver a ser niños. Retornar a esa actitud primera tan bella que es la admiración, la capacidad de asombro... Volver a escuchar es también volver a mirar y darnos la oportunidad de ver más allá de nuestras protecciones: somos todos niños asustados deseando ser respetados, cuidados y amados. Solo en estado de vulnerabilidad podemos acoger la gracia del Adviento.

«Se acerca vuestra liberación (...) Estad, pues, despiertos en todo tiempo».
(Lc 21, 28.36)

<https://www.monasteriodesobrado.org/>